

á que le hiciera célebre el conflicto con César, sino que, por el contrario, figura en testimonios de mucho más remota procedencia (1) como habitante en el extremo de la Céltica; era uno de los pueblos que podían disputar á los artabros y á los bretones insulares el título de «últimos hombres» hacia los confines occidentales de la tierra habitada y sus relaciones se extendían hasta Irlanda, pudiendo considerarse la marina véneta como la hermana mayor de las marinas célticas que exploraron el Norte del Atlántico antes que los escandinavos.

Por consiguiente, los navegantes del Mediterráneo ó de Gadés (la actual Cádiz) no se lanzaron á ciegas, en medio de lo desconocido, hacia las apartadas Cassitérides, sino que las regiones en donde era conocida y se practicaba la metalurgia les facilitaron etapas. Cuando el viajero marsellés Pytheas fué á visitar, en el siglo IV antes de nuestra era, la isla de Bretaña, su ruta, comenzada en Gadés, en el Sur de España, siguió indudablemente las vías frecuentadas por los marinos de esta ciudad, y su itinerario estuvo evidentemente ligado con las relaciones que desde entonces unían los principales focos del comercio oceánico. De aquí que nuestras costas armoricanas figuren entre las que describió detalladamente aquel viajero, quien pinta en el extremo de la Céltica una vasta protuberancia recortada por promontorios é islas, en donde están el cabo *Cabeon*, el pueblo de los *ostimios* y la isla de *Uxisama* (2). Gracias á las informaciones comerciales, la península armoricana es una de las primeras regiones de las cuales se marcan algunos detalles en el *Far-West* europeo, y lo que se comienza á señalar son los rasgos propios para impresionar á comerciantes y marinos, todo lo que sirve de hito á la navegación, como son los cabos, los promontorios, las islas. El territorio se aclara por las extremidades. En el Mediterráneo, una aureola legendaria flota sobre esos cabos en donde se alzan santuarios de Melkhart-Hércules, de Astarté-Venus, y en el Océano sobre esas apartadas islas, como la pobre isleta de Sein, cuyas costumbres y extraños trajes se describen.

Pero el estaño de las Cassitérides viajó también por la Galia. Los marselleses organizaron en competencia con la vía marítima una vía terrestre que, en nuestro concepto, difícilmente puede ser considerada como anterior al siglo V de la era cristiana. Posidonio, un siglo antes de Jesucristo, dice que el estaño británico era enviado á Marsella (3), y Diodoro describe el sistema de transporte en caballerías que en treinta días lo llevaba desde el Paso de Calais hasta la desembocadura del Ródano (4).

De este modo se introdujeron en Galia, ya indirectamente dando la vuelta por el Océano, ya directamente por las vías interiores, numerosos fermentos de vida general. Entonces se fijan nexos de relaciones y se establecen puntos de concentración, y estos puntos de concentración y estos nexos son, en el desenvolvimiento geográfico del ser que estudiamos, algo parecido á esas

(1) Poema anónimo atribuido á Scymnus de Chio (*Geographi graeci minores*, edición Didot, 1855-1861, tomo I, pág. 202).

(2) Estrabón, I, IV, 5. Uxisama, es decir, *Ouessant*, cuyo nombre, por una anomalía sólo aparente, resulta ser uno de los más antiguamente mencionados de nuestro vocabulario geográfico.

(3) Posidonio, en Estrabón, III, II, 9.

(4) Diodoro de Sicilia, V, 21, 22.

«partes constituyentes,» á esos «puntos de osificación» en los cuales nos muestran los naturalistas el comienzo del ser humano. En el desarrollo geográfico de un país se realiza un gran avance cuando los ríos, en vez de ser buscados simplemente como sitios de pesca ó fosos de defensa, se convierten en vías de comunicación y crean mercados en las confluencias ó en las desembocaduras y establecimientos en las etapas en donde los bateleros han de cambiar de medios de transporte. De este modo preludian la vida urbana antes de la dominación romana, pero sobre todo después de ella, *Vienne, Lyon, Chalón-sur-Saone, Roanne, Decize, Nevers, Gien, Orléans, Troyes, Melún, París*, etc., y por tal medio se introduce al través de las costumbres de vida local el movimiento mantenido por una población cuya existencia está consagrada al tráfico y al transporte. Los primeros datos históricos sobre la Galia nos presentan hábitos de circulación activa por los caminos terrestres más bien que por los ríos: sin duda en las mesetas calizas ó de sílice que ocupan, especialmente en el Norte, una gran extensión, ofreciéndose espontáneamente los materiales para el empedramiento y la naturaleza abría casi por sí sola las carreteras; pero lo que prueba que éstas servían ya para establecer relaciones lejanas es la misma curiosidad que atrae á ellas á las poblaciones, las cuales acudían allí para saber noticias (5).

Había ya en esos pueblos algo que los griegos del siglo V antes de Jesucristo traducían por la palabra *fil-helena* (6), que significaba gentes hospitalarias para los extranjeros, aptas para apreciar las ventajas y para conformarse con las costumbres del comercio. En el mismo sentido eran reputados «pacíficos» los habitantes de los distritos metalúrgicos de Cornuailles, se habló más adelante de la «dulzura» de los seros, y aun posteriormente ensalzó Eginardo el espíritu de bondad de los pobladores de la costa del ámbar.

La Galia no fué el único país mediador entre el Mediterráneo y los mares del Norte: en el alto Danubio, alrededor de Hallstatt, la sal y el hierro motivaron la apertura de vías mercantiles; por la llanura danubiana y por la Moravia se extendía el camino por donde el ámbar del Báltico llegó á Italia; la Dacia fué explotada á causa de sus minas de oro, y la Rusia meridional abrió sus ríos á las colonias griegas del mar Negro. Cada uno de estos territorios sirvió á modo de intermediario con los del Báltico y del mar del Norte, los cuales, aislados por una faja de pantanos y de bosques de los que sólo con horror hablaban los pueblos del Mediodía, sacaron de sí mismos una civilización original que hasta muy tarde, cinco siglos apenas antes de nuestra era, no empezó á ponerse en contacto directo y en relaciones frecuentes con el Mediterráneo. Pero mucho antes la civilización del Sur se había abierto paso en los países intermediarios: aquel gran foco había proyectado á su alrededor una aureola de semicultura que abarcaba las comarcas del Danubio, del Rhin y de la Galia. De ella se aprovechó, más que ninguna otra, esta última, la cual, hacia el año 500 ó 600 antes de Jesucristo, tenía bastantes necesidades generales para que la civilización de las riberas del Mediterráneo fuese para

(5) César, *De bello gallico*, IV, 5.

(6) Eforo, *Fragmenta historicorum graecorum*, edición Didot, 1853-1870, fragmento 43, pág. 245.

ella como una mesa ricamente servida. El tránsito de la civilización del tipo de Hallstatt, que hacia el año 400 antes de nuestra era cede su puesto al período llamado de la Tene, expresa una aceleración de progreso que es muy justo relacionar con el aumento de relaciones con el Mediterráneo (1).

Al poner en contacto el Oriente mediterráneo con el Oeste de Europa, el mar realiza la misión que parece corresponderle, lo mismo en la esfera de la civilización que en el mundo físico, á saber, la de amortiguar los contrastes y cubrir las desigualdades.

De los mares que bañan nuestro país, el Mediterráneo es el único cuya influencia se deja sentir poderosamente sobre nuestros orígenes; lo que sobre todo nos ha comunicado es que la barca del comerciante lleva consigo el lujo en el sentido de lo superfluo necesario á la civilización, el nacimiento y la satisfacción de nuevas necesidades. Este mar fué un iniciador y por esto su nombre despierta en nosotros el encanto que va unido á los recuerdos de la infancia.

Lo que para nuestro país había sido el Mediterráneo en los comienzos remotos, continuó siéndolo durante mucho tiempo; en efecto, durante mucho tiempo siguió emanando del Mediterráneo todo lo que ofrecía un grado de vida superior, todo lo que despertaba una idea de refinamiento intelectual y material. Hasta la época asombrosamente tardía en que Europa conoció otras regiones tropicales que las que tienen acceso por el Mediterráneo, este mar fué la única vía por donde podían llegar ciertos productos que la civilización había hecho necesarios. Hace cincuenta años, la feria de Beaucaille era aún en el Mediodía objeto de refranes que recordaban aquel pasado.

En el entretanto los papeles se habían trocado, casi invertido, entre el Oriente y el Occidente; pero sobre el Oriente decaído, pulverizado, reducido á migajas de pueblos y sectas después de las invasiones árabes, reflujo la fuerza compacta del reino de Francia, cuyo papel tuvo tanta importancia que para las poblaciones sirias escapadas al islamismo su nombre sintetizó la idea del Occidente cristiano, idea asociada á la de protección y patronato, alcanzando un prestigio cuyos restos tienen todavía bastante vida para arrancar á veces una confesión á nuestros rivales.

CAPÍTULO III

LAS INFLUENCIAS EXTERIORES (CONTINUACIÓN)

El continente

La Francia, á pesar de su posición sobre los dos mares, está ampliamente adherida al tronco continental; se incorpora al continente como una estatua, sólo parcialmente labrada, al bloque de donde la hace surgir el escultor, y forma parte integrante del mismo. Considérese, en efecto, que con nuestras tierras armoricanas termina la faja continental más larga del globo, pues des-

(1) La civilización de la Galia independiente está expuesta por M. Bloch en el libro II, capítulo I, pág. 18, del presente tomo. Respecto de la civilización de Hallstatt y de la Tene, véase libro I, capítulos I y II, págs. 1 á 17.

de nuestras costas hasta las del Asia oriental, los territorios se desarrollan, sin solución de continuidad, en una extensión de 140 grados de meridiano, ensanchándose cada vez más hacia el Este; por consiguiente, la comarca que termina en el Océano, entre los grados 46 y 51 de latitud, es decir, desde la Rochela á Calais, tiene un *hinterland* enorme que, no estando, en parte por lo menos, separada de ella por altas montañas, deja sentir todo el peso de su influencia. Allí se ejerce en toda su plenitud la presión de las influencias continentales, que en cambio se atenúa más ó menos en Italia, en España, en la Gran Bretaña, en las islas y penínsulas que irradian alrededor de la misma.

Los naturalistas analizan las diferencias que presenta la marcha de la vida vegetal y animal, según que se produzca en las islas ó en los continentes, y nos indican que el número de especies va disminuyendo en las islas en proporción á la distancia que de los continentes las separa, de modo que á la gran complejidad que caracteriza en éstos el cuadro de la vida sucede en aquéllas una relativa simplicidad. Y como los elementos que componen el mundo viviente en las islas es menos numeroso, de aquí que sean diferentes las condiciones de la lucha por la existencia; y así sucede que ciertas especies que por su debilidad se verían condenadas en el continente á una destrucción rápida logren conservarse en las islas mucho tiempo, y que su número, relativamente considerable, imprima un sello de autonomía á las flores y á las faunas insulares. Bien es verdad que este estado de equilibrio se rompe muy pronto si las circunstancias introducen especies más vigorosas é invasoras, ya que contra estos nuevos campeones que entran en liza nada pueden las especies que en su aislamiento habían tenido su mayor garantía, viéndose entonces transformaciones tanto más bruscas y radicales cuanto más completo había sido el aislamiento. La llegada de los europeos á las Mascareñas, en la Nueva Zelandia, fué la señal de revoluciones de este género.

Estas mismas nociones pueden aplicarse á los hechos de la geografía humana. Las islas, y hasta cierto punto también las penínsulas, se nutren en un fondo étnico menos rico que los continentes y ofrecen el espectáculo de desenvolvimientos autónomos, interrumpidos de cuando en cuando por revoluciones radicales, siendo esto consecuencia del espacio limitado y relativamente estrecho que ha correspondido á las sociedades allí formadas. El marco dentro del cual están encerradas las impulsa constantemente hacia la autonomía, á la que tienden como á su estado natural y que, realizada allí más fácilmente que en otras partes, se extiende á las costumbres, al carácter y á veces hasta á la historia. El ejemplo de Inglaterra y de España demuestra cómo porciones separadas por completo ó á medias del continente, y por ende más libres para consagrarse enteramente á una tarea única, pueden llevar en su historia el carácter de especialismo que en ellas distingue á la naturaleza viviente. Pero tampoco en ninguna otra parte se han observado cambios más radicales. ¿Acaso no se han producido en islas, y sólo en ellas podían producirse, rupturas tales como la substitución de una Inglaterra sajona á una Bretaña céltica, la de una España cristiana á una España mora, la de un Japón moderno á un Japón feudal, y quizás, en otro tiempo, la de una

Grecia helénica a una Grecia micénica? Estas revoluciones impresionan por cierto carácter de sencillez en la manera como se realizan y por la posibilidad de señalarles fechas casi determinadas.

En los continentes, el curso de la existencia es distinto, se desarrolla en un plano más vasto; en ellos es mayor el número de fuerzas en acción para hacer continuamente que un estado de cosas nuevas reemplace al antiguo, pero, en cambio, encuéntrase también más resistencias. El área de propagación de las especies vivientes y en particular de los movimientos humanos abraza extensiones tanto más considerables cuanto más lejano está el límite más difícil de salvar, es decir, el límite por el mar formado. La yuxtaposición en Europa de las razas germánicas y eslavas, las invasiones turcas y mogolas y la extensión de la civilización china son por excelencia hechos continentales. Mayor complejidad aún reina en las cosas, y cuando tratamos de profundizar advertimos que un mismo matiz de civilización ó de idioma oculta elementos étnicos muy distintos que bajo la etiqueta que los disimula no han abjurado de sus diferencias.

Metida en la masa continental, aunque no tan profundamente como Alemania y Rusia, Francia saca de esta posición los elementos esenciales que en ella constituyen la naturaleza viviente. Bajo este concepto es un trozo de Europa y por su vegetación, por su composición étnica y por las huellas primitivas de civilización sirve de prolongación a fenómenos que han tenido para desarrollarse un campo de extensión considerable, siendo su papel, como veremos, el resumir tales fenómenos.

Las influencias continentales a que está sometida Francia no forman un solo todo, sino que provienen de centros de acción muy diferentes y la han sitiado por diversos lados, pudiendo decirse que para nosotros existe contigüidad continental en el Sur y en el Este.

§ 1

Los antiguos que visitaban la Galia, al aproximarse al Garona, quedábanse sorprendidos por los cambios que observaban en el tipo, en el idioma y en las costumbres de los habitantes, y traducían esta impresión diciendo que los aquitanos más puntos de contacto tenían con los iberos que con los galos. Más de veinte siglos han contribuido a amortiguar estas diferencias, y sin embargo no dejan de manifestarse todavía al observador, hallándose aquella impresión confirmada por las investigaciones de la antropología, aun siendo como son tan incompletas. Estas investigaciones nos demuestran además que aquellas analogías se remontan a los tiempos prehistóricos, mucho más allá de la época, ya avanzada, en que un nombre común, el de iberos, logró establecerse en la península.

Al Norte de los Pirineos, lo mismo hacia el Oeste que hacia el Este, la composición del mundo vegetal conserva un sello ibérico, pues no cabe duda de que en España debe colocarse el centro de formación en donde se multiplicaron, para irradiar en diversos sentidos, los géneros de úlex, cistos, tomillos, retamas, etc., cuyas especies avanzan hacia el Ródano y hacia el Loira.

Por otra parte, en el Perigord nos encontramos en presencia de grupos humanos dolicocefalos, de cabellos

muy negros, cuyo tipo se aparta tanto de los braquicefalos de la Cordillera central cuanto de los dolicocefalos rubios del Norte de Francia (1). Este tipo, alterado por otras razas, modificado por los cruzamientos, persiste, sin embargo, en reaparecer en toda la zona que se extiende hasta los Alpes. Las poblaciones propiamente pirenaicas presentan ciertamente entre sí bastantes diferencias, no pareciéndose en nada el navarro de rostro largo y delgado, el vasco de abultadas sienes y barba puntiaguda, de anchos hombros y estrechas caderas como un antiguo egipcio, y el catalán de cara ancha y recia figura; pero representan elementos que no existen en otra parte en la composición étnica de Francia y son las vanguardias cuyo centro ha de buscarse más allá, en el Sur.

De este modo al través de nuestros territorios subpirenaicos aparece la imagen de una región más vasta, de ese continente en miniatura que se denomina la Península ibérica, la cual con su superficie, una quinta parte mayor que la de Francia, deja sentir su influencia sobre la parte estrecha que le sucede inmediatamente al Norte, debiendo añadirse que esta masa compacta sólo está separada del Africa por un foso de catorce kilómetros de formación bastante reciente para que el peñón de Gibraltar conserve todavía un grupo de monos que marca la extensión extrema de estos animales terrestres hacia el Norte. Los zoólogos distinguen en la fauna de España muchas especies por las cuales se enlaza con la fauna del Norte de Africa, y sería imprudente no tener en cuenta en la historia de los hombres relaciones terrestres cuya huella ha quedado impresa en la actual distribución de las especies vivientes y cuya interrupción es todavía de extensión insignificante. En los marcos de las civilizaciones primitivas, tales como hoy podemos vislumbrarlos, el mundo ibérico parece inseparable de los países del Atlas, hasta las Canarias inclusive, y aun de las grandes islas del Mediterráneo occidental, Cerdeña y Córcega. Las observaciones de la antropología y de la etnografía confirman el lazo de afinidad cuya existencia podía suponerse merced al examen de la flora y de la fauna. Cuando los observadores griegos entraron por vez primera en relaciones con los pueblos ibéricos, sobre todo con los de los apartados cantones del Noroeste de España, quedaron altamente sorprendidos de lo que de particular ofrecía su modo de alimentarse, de vestirse, de combatir y de danzar, y, prosiguiendo sus observaciones etnográficas, encontraron en lo concerniente a la herencia, al papel de la mujer, etc., usos que estaban en desacuerdo con lo que ellos conocían. Era, pues, evidente que se hallaban en presencia de formas de civilización especiales: el aislamiento podía explicar la persistencia de las costumbres, pero éstas conservaban en sí mismas un sabor de originalidad cuyo equivalente no encontraban los griegos entre las suyas. Y en efecto, los progresos de la arqueología prehistórica revelan en aquellos pueblos

(1) Observaciones resultantes de los consejos de revisión (doctor R. Collignon, *Anthropologie du Sud-Ouest de la France*), «Mémoires de la Société d'anthropologie», tercera serie, tomo I, fascículo 4, 1895. Según el índice cefálico obtenido de la relación entre los dos diámetros del cráneo transversal el uno y longitudinal el otro, se distinguen los braquicefalos (cráneos cortos y casi redondos) y los dolicocefalos (cráneos prolongados).

los indicios cada día más numerosos de una civilización primitiva fundamentalmente distinta de la de la Europa central. El grupo de animales domésticos no es el mismo y en su origen no se compone más que de la cabra, del carnero y del perro; el buey y el cerdo no fueron, al parecer, introducidos allí hasta más tarde, y la cabra es por tradición el animal que sirve para la alimentación (1). Finalmente, el idioma nos ha conservado una prueba contundente de la originalidad del mundo ibérico: el dialecto ibero, que todavía se usa en los confines de la Gascuña, en nada se asemeja a ninguna de las lenguas de Europa; es una especie de *testigo* lingüístico, último representante de una familia de lenguas que debió de ser numerosa, gracias al cual puede explicarse la analogía de ciertos nombres de lugares diseminados por el Sur de Francia y por el Sur de España (2).

Este mundo ibérico representa en su estado actual una reducción de un estado antiguo que abarcaba un grupo considerable de pueblos, entre los cuales existían relaciones de cultura común. Los testimonios clásicos son suficientemente numerosos y precisos para atestiguar su extensión al Norte de los Pirineos, y nos la presentan en el siglo V antes de nuestra era como abarcando la parte meridional de nuestro país hasta el Garona y el Ródano. Pero ¿cuál pudo ser, con anterioridad a esta época, la superficie ocupada por esas antiguas capas de población? Esto es lo difícil de determinar, dado el estado actual de las investigaciones.

Puede afirmarse, sin embargo, que esta superficie había cubierto al Norte de los Pirineos una extensión mayor que la que indican los textos. Aquella civilización, que lleva tan profundamente impreso un sello de arcaísmo, nos transporta a un período bastante lejano para que, al estudiarlo, sea natural tener en cuenta algunas de las condiciones creadas en Europa por la gran extensión de los glaciares cuaternarios (3). En las

(1) Posidonio, en Estrabón, III, III, 7. Así sucede todavía en Andorra.

(2) *Iliberris*, nombre antiguo de Granada; *Elímberis*, Auch; *Iliberris*, Elna; *Calagurris*, Calahorra, en España; etc.

(3) A medida que se ha ido ahondando en la cuestión llamada glaciario, ha sido preciso reconocer que existe una relación entre los hechos muy complejos que han caracterizado este episodio de la vida terrestre y la distribución de las civilizaciones primitivas. No creemos ociosas algunas explicaciones sobre este punto.

La cuestión se ha reproducido desde hace aproximadamente un cuarto de siglo, como consecuencia de investigaciones cada vez más amplias y metódicas, y actualmente sabemos que por período glaciario debe entenderse, en realidad, no un período durante el cual se continuara la extensión extraordinaria de los hielos, sino una serie de épocas determinadas por grandes oscilaciones de clima cuya influencia se dejó sentir sobre el conjunto de la tierra. Los progresos de los glaciares fueron interrumpidos por intervalos de retroceso durante los cuales el clima se aproximaba al de la época actual. Estos intervalos fueron bastante largos para que la vegetación tuviera tiempo de reconquistar los espacios que había tenido que abandonar. Otra comprobación no menos importante es la de que hubo grandes desigualdades en la extensión cubierta en las distintas épocas por los glaciares. Estos, en sus avances sucesivos, no alcanzaron, al parecer, jamás la extensión que habían tenido en el momento de una de sus primeras invasiones. En aquella época, los declives frontales de los glaciares escandinavos llegaron hasta Sajonia y Bélgica; los de los Alpes avanzaron hasta Lyon, y en los Vosgos y en Auvernia hubo glaciares análogos a los que actualmente se ven en los Alpes.

Durante este período, el hombre existía y manifestaba su actividad por medio de ensayos de industria (civilización paleolítica y neolítica). Si a consecuencia de las invasiones temporales de los

regiones que se mantuvieron casi indemnes de los cambios entonces introducidos en la naturaleza viviente, es decir, en España y en el Norte de Africa, era en donde se había formado aquella civilización, cuya expansión dirigióse naturalmente hacia los territorios que mejor se habían sustraído a estos cambios. Ninguna podía ser más favorable al desarrollo de pueblos primitivos que la región baja y bañada por el sol que se extiende en sentido diagonal desde el Garona al Sur de la Bretaña, en la cual se encuentran todavía indudablemente pruebas numerosas de la existencia del renfífero, que, en cambio, no hallamos al Sur de los Pirineos. Pero por la escasez del nivel, por la naturaleza seca del suelo, por la luz, esta región se separó antes y más completamente de la influencia ejercida por la vecindad de los glaciares que habían invadido los Alpes, los Pirineos y la Cordillera central. El cielo y el suelo son igualmente benignos en esas comarcas cuya naturaleza nos seduce todavía por su dulzura algo muelle y que fueron de las primeras de la Europa occidental en donde la humanidad primitiva comenzó a desenvolverse.

§ 2

Sin embargo, la región de contacto por excelencia para la Francia es el *hinterland* continental que se extiende al Este: por este lado no hay separación natural; Francia se asocia por completo a las partes de Europa adyacentes. Más que de contacto debiera hablarse aquí de penetración. A las analogías de estructura ya indicadas (4) se unen las de clima y vegetación; y así como la vegetación de la Europa central penetra en el interior de Francia, varios precursores de nuestra vegetación oceánica ó meridional avanzan por Alemania, llegando el acebo de relucientes hojas hasta Rugen y Viena, el boj hasta Thuringia, y el tejo, lo mismo que el haya, mucho más allá, hasta el Dniéper. Nuestros árboles meridionales, amigos de la luz, como el castaño

glaciares una gran parte de Europa fué, en mucho tiempo, inaccesible al desarrollo de la vida, otras regiones, por el contrario, se mostraron más favorables al mismo de lo que lo son en la actualidad: tal sucedió en las regiones, hoy parcialmente secas y áridas, de la cuenca mediterránea y del Norte de Africa; los vestigios de erosiones considerables que en ellas dejaron las aguas indican que reinó allí un clima más húmedo que el de nuestros días, mientras el Norte de Europa permanecía sepultado bajo los hielos. Las huellas de civilización muy antigua que se descubren en el Sur de Europa y hasta en las regiones inhabitadas del Sahara se explican por estas condiciones favorables. A estos orígenes va unido el conjunto de costumbres que caracteriza lo que hemos denominado mundo ibérico y que se remonta a una fecha lejana de la prehistoria.

A la luz de estos hechos, la mayoría de los cuales no se han aclarado hasta los últimos años, se ve fácilmente que entre las sociedades primitivas se impone una distinción, así cronológica como geográfica. Las regiones que, como el Sur de Europa, gozaron de una inmunidad casi completa, y aun aquellas que, como la Francia, sólo muy parcialmente se vieron afectadas por los glaciares, ofrecieron mayores facilidades a la obra naciente de la civilización. Y entre los mismos territorios por los glaciares cubiertos hubo diferencias: en efecto, los que, como la Alemania central y Bélgica, no fueron invadidos hasta la época de la mayor extensión glaciario y permanecieron después indemnes, fueron accesibles al desenvolvimiento de las sociedades humanas antes que la Escandinavia y la Alemania del Norte, que hubieron de sufrir repetidas veces la reaparición ofensiva de los glaciares.

(4) Véase el mapa de la pág. V.